

sin haber sido herido. Llegó sin aliento, cubierto de polvo y espada en mano montado en su caballo. «¿Qué nuevas trae V. ? le preguntó el mariscal de Noailles, ¿qué consejos nos da V. ?»—«Lo que traigo, contestó aquel, es que la batalla está ganada con solo quererlo, y mi consejo es que en seguida se hagan avanzar cuatro cañones en frente de la columna; mientras el fuego de nuestra artillería la conmueve, la rodearán las tropas de la casa real y demás fuerzas; es menester caer sobre la columna como los segadores sobre un campo de trigo maduro.» El primero que aprobó este consejo fué el rey.»

Preciso es que la confusion y el aturdimiento hubiesen llegado al último grado posible en el estado mayor del ejército francés, si en efecto el duque de Richelieu fué el único general que se acordó de la artillería, y esto solo en el momento crítico cuando la batalla estaba ya poco menos que perdida; pero sea de esto lo que quiera, el consejo hizo un efecto mágico, y devolvió la vida y el aliento al ejército desesperado. El duque de Pequigní mandó apuntar las cuatro piezas sobre la columna enemiga; el de Richelieu se fué á todo escape á dar en nombre del rey á las tropas de la casa real la orden de avanzar; el príncipe de Soubise volvió á reunir sus gendarmes y el duque de Chaulnes su caballería ligera. Cuatro escuadrones de gendarmes montados se situaron á la derecha de las tropas de la casa real precedidas por los granaderos montados, y todos por los mosqueteros que marcharon á paso de carga contra el enemigo. Los restos aptos para el combate de los otros regimientos se fueron agregando á toda prisa á esta falange para el ataque último y decisivo. La columna enemiga no pudo resistirlo: atacados los ingleses y hanoverianos de frente por la artillería y á los lados por tropas impetuosas y numéricamente superiores, solo habrían podido sostenerse, si los holandeses hubiesen atacado por el lado de Antoin, con lo cual habrían llamado á aquella parte la atención y fuerzas considerables del ejército francés; pero no hubo medio de hacer avanzar á los holandeses, y abandonada la falange inglesa en medio del enemigo, quedó en pocos minutos rota en muchos puntos; rehízose en seguida, á la verdad, pero no le quedó ya mas alternativa que la muerte ó la retirada. Decidióse por esta última, y la efectuó con la misma gallardía y el mismo orden que había conservado en el avance. «Abandonaron estos soldados, dice Voltaire, el campo [de batalla sin tumulto, sin confusion, vencidos pero con honra.]»

La victoria de los franceses en Fontenai no fué mas que una salida de apuro; no fué ninguna victoria obtenida por el arte de la guerra, ningun triunfo de la superioridad heroica, ni menos un suceso decisivo de los que obligan al enemigo á hacer la paz; fué ni mas ni menos lo que había sido la victoria de Jorge II cerca de Dettingen. Verdad es que decidió la caída de la plaza de Tournai que se rindió el 22 de mayo, y de su ciudadela, una de las mejores obras de Vauban, que se entregó el 19 de junio; verdad es que sucesivamente se rindieron las otras plazas fuertes; pero ni esto, ni la toma de Gante por los franceses en 10 de julio ni la rendición de Brujas el 18, ni la de Oudenarde el 21 de julio, ni la de Dendermonde, Ostende y Nieuport respectivamente en 12, 23 y 30 de agosto, ni la de Ath en 8 de octubre, con lo cual quedó toda la Flandes en poder de los franceses, hicieron mella ninguna en el ánimo del Austria, potencia beligerante principal, mientras que estas mismas victorias tampoco tenían mas importancia para Federico II, aliado de la Francia, que si hubiesen ocurrido á orillas del Escamandro ó en la China.

En los mismos días que siguieron á la batalla de Fontenai, es decir, en 18 de mayo, celebró el príncipe elector de Sajonia,

Augusto, con el Austria un tratado secreto de repartición eventual de la monarquía prusiana (1), y á principios del mes siguiente Federico II tuvo que defender su provincia de Silesia en sangrientísima pelea contra los ejércitos sajones y austriacos. En 27 de mayo de 1745 había entrado en Silesia el príncipe Carlos de Lorena desde Koenigsgratz pasando por Jaromirz y Johnsdorf con un ejército compuesto por lo menos de 70,000 hombres. El 29 del mismo mes se reunieron con él en Landshut unos 20,000 sajones mandados por el duque de Weissenfels, y el 1.º de julio pudo ver Federico desde las alturas de Freiburg todas estas fuerzas enemigas acampando entre Schweidnitz y Jauernik.

Un espía llevó al príncipe Carlos la noticia de que el rey de Prusia tenía la intención de retirarse sobre Breslau á la aproximación del enemigo. Creyólo el príncipe, convencido de que podría repetir en Silesia la maniobra de Bohemia del año anterior, es decir, de que podría arrojar á los prusianos de la Silesia sin batalla. Este espía había sido evidentemente cogido y sobornado por el general prusiano Du Moulin, al cual Federico había encargado que hiciera todo lo posible para que llegara esta noticia á oídos del enemigo. La estratagemá salió bien gracias á la opinion ridicula é injuriosa que los austriacos y sajones tenían del ejército prusiano, como dice el mismo rey Federico en su relacion de esta campaña.

El príncipe Carlos formó pues su campamento cerca de Baumgarten, apoyando su ala izquierda sobre Bolkenhain y su derecha sobre Quolsdorf; la vanguardia ocupaba una altura cerca de Hohenfriedberg, y en este mismo punto reunió en la mañana del 3 de junio un consejo de guerra en que prevaleció la opinion unánime de que Federico no atacaría y se retiraría sobre Breslau, por cuya razon se convino en bajar inmediatamente á la llanura. Por la tarde del mismo día se empezó este movimiento y al entrar la noche estaba ya todo el ejército austriaco entre Eisdorf y Hohenfriedberg, y el cuartel general alojado en Hansdorf. Las tropas sajonas se situaron á la izquierda en Pilgramshain. Al día siguiente debía seguir el ejército su marcha sobre Striegau, que segun el cálculo de los generales austriacos habrían abandonado ya entonces los prusianos para efectuar su retirada sobre Breslau.

Pero Federico II, en lugar de retirarse había formado su ejército compuesto de unos 60,000 hombres entre Striegau y Jauernik detrás de unas alturas que lo ocultaban al enemigo. La operacion se hizo sin ruido ni señal de tambor ni de corneta. Durante los días 30 de mayo, y los tres primeros de junio reconoció Federico todas las estribaciones y salidas y entradas de las montañas por donde el enemigo forzosamente había de bajar, y cuando le vió salir por la tarde del 3 en prolongadas columnas, exclamó con alegría: «Ahora los tenemos donde los queremos.» A las ocho de la noche dió orden á todo el ejército de ponerse en movimiento sobre Striegau, donde todos los cuerpos se hallaron á media noche dispuestos á lanzarse á la pelea, pero sin hacer ruido ni encender fuego siquiera. El general Du Moulin ocupó con las tropas de la vanguardia las alturas al otro lado de la ciudad; á las dos de la madrugada estaba fijando el rey con sus generales el orden de batalla; media hora despues se pusieron las tropas en marcha en direccion del enemigo y á las cuatro empezó la lucha el ala derecha de los prusianos contra los sajones cerca de Pilgramshain.

El teniente general Rothenburg arrojóse con sus coraceros sobre la caballería sajona formada en dos cuerpos. El primero quedó arrollado por el ataque impetuoso de los prusianos, pero estos, atacados en el flanco por el segundo cuerpo,

(1) Véanse «Obras de Federico el Grande» IV, p. 40-42.

hubieron de retirarse. En este momento echóse sobre el segundo cuerpo sajón el general Stille con sus dragones, apoyado por los coraceros que muy pronto se habían vuelto á reunir. La derrota de la caballería sajona fué completa; abandonó en gran desorden el campo. A las seis tocó el turno á la infantería sajona que ocupaba una posición muy ventajosa en un bosquecillo, protegida en el flanco por baterías que hicieron un fuego vivísimo sobre la caballería prusiana, y en frente por zanjas, fosos, cercas vivas y terrenos pantanosos. Quince batallones hizo adelantar Federico, mandados por el príncipe Mauricio que logró echar á los sajones del bosque protector á despecho de su resistencia tenaz. Esta resistencia se acrecentó cuando se hallaron detrás del bosque entre zanjas y diques, detrás de los cuales abrieron un fuego de metralla y de fusilería mortífero; y cuando á pesar de todo cayó sobre ellos la infantería prusiana, continuaron la lucha cuerpo á cuerpo á bayonetazos y culatazos. Los granaderos prusianos hicieron maravillas de valor; despreciando la muerte saltaron con bayoneta calada sobre fosos, diques, cercas, al través de charcos y pantanos, arrollando el enemigo mas y mas hasta dejarlo apolotonado en una masa densa é inmóvil. «En esta situación, cuenta Federico, formaron un triángulo para emprender la retirada; pero Rothenburg se echó sobre ellos con el regimiento de coraceros del Príncipe de Prusia y destruyó completamente el regimiento sajón de Schönberg, mientras el teniente coronel Jasinski y el comandante Froideville pasaron á cuchillo con sus guardias de corps dos compañías de granaderos sajones, con lo cual quedó el triángulo roto y todo el ejército sajón completamente destruido.»

Esta fué la primera batalla que los prusianos ganaron el 4 de junio despues de casi tres horas de sangrientísima lucha. Quedaba el ejército austriaco.

El príncipe Carlos, lejos de sospechar un ataque del ejército prusiano, había atribuido el formidable cañoneo que se oía desde las cuatro de la madrugada por el lado de su ala izquierda al ataque de Striegau que debían efectuar los sajones para arrojar de allí á los prusianos en caso de que no hubiesen evacuado esta ciudad; y solo una hora despues, á las cinco, empezó á conocer lo que pasaba. Entonces mandó poner su ejército sobre las armas, pero en lugar de caer con todas sus fuerzas sobre el flanco del enemigo antes que este pudiera desarrollar el suyo, en aquel terreno cortado en todas direcciones por zanjas y cercas, contentóse con dificultarle las maniobras con su artillería, y cuando al fin y al cabo hizo adelantar su caballería, encontró esta el río que tenía que atravesar demasiado profundo y ancho, y las orillas demasiado pantanosas para poder pasar, mientras la caballería prusiana no vió ninguna dificultad en atravesar esta parte del terreno.

Así, pues, antes que el príncipe de Lorena pudiera organizar un ataque en regla, cayó sobre su ala izquierda cerca de Guntersdorf el ala derecha prusiana enardecida por la victoria que acababa de alcanzar sobre los sajones. Los granaderos tomaron el pueblo mientras su caballería dispersaba la infantería austriaca. Al mismo tiempo entablóse una lucha sangrienta en el ala derecha del príncipe Carlos junto al río citado de Striegau, donde el general Kyan con 10 escuadrones, luego el general Zieten con la caballería de reserva y finalmente el general Nassau con 15 escuadrones atacaron seis veces seguidas con tal ímpetu á los 56 escuadrones austriacos mandados por el general Berlichingen, que estos despues de considerables pérdidas huyeron á todo correr hasta Thomaswaldau.

Entre tanto sosteníase firmela infantería austriaca formada en dos líneas en la otra ala, la primera de 24 batallones y la

segunda de 19, que rechazaban con sus descargas eficacísimas los ataques de los granaderos prusianos, rendidos ya de fatiga. La situación se iba haciendo difícil cuando la salvó el teniente general Gessler, que hasta entonces había estado inactivo con las fuerzas de reserva puestas á sus órdenes. Hizo adelantar á galope el regimiento de dragones de Baireuth, que formado en dos columnas de 5 escuadrones cada una, pasó por entre dos claros de la infantería cansada y se arrojó con furia sobre la infantería austriaca. La embestida fué formidable, irresistible y abrumadora. En menos de media hora quedaron arrollados, dispersados y acuchillados 20 batallones, á saber, los regimientos Baaden, Marschall, Gruenne, Thuengen y un batallón de cada uno de los regimientos Giulay, Leopoldo, Kollowrath, Daun y Neipperg; 2,500 fueron hechos prisioneros y se ganaron 66 banderas. «Fué una acción inaudita en la historia de la guerra, escribió Federico II, y se debe el éxito brillante á los generales Gessler y Schmettau, al coronel Schwerin y el valiente comandante Chasot que se ha distinguido ya en tres batallas tanto por su valor como por sus demás prendas.»

A las ocho de la mañana quedó decidida la segunda batalla de aquel día memorable. El ejército prusiano desde el primer hombre hasta el último se había cubierto de gloria, y la caballería en particular había evidenciado una superioridad sin competencia. El rey Federico de Prusia había ganado su primera victoria verdaderamente notable y grandiosa, debida por partes iguales á su excelente dirección y á la pericia y valor incomparables de sus generales y soldados. Su corazón rebosaba de júbilo, exento de orgullo y de petulancia, porque el 10 del mismo mes escribió á su ministro Podewils lo siguiente: «No he cambiado; no me embriagan éxitos pasajeros, y con la misma seriedad que antes pienso en el bien de la patria y del ejército; de suerte que no tiene V. motivo para temer que yo adopte resoluciones precipitadas. Solo hago la guerra para llegar á la paz, y puede Vd. estar convencido de que soy demasiado filósofo para dejarme arrastrar por pasiones impetuosas cuando se hallan en juego cuestiones tan graves y el bien del Estado. Confieso que aquí la alegría es grandísima por la gloria que todos, hasta el último soldado, han adquirido, pero sin que nos haga salir de los límites de la prudencia y de la razón.»

VI.—LA TERMINACION DE LA GUERRA

La brillantísima victoria del 4 de junio no tuvo por resultado inmediato la paz que el rey Federico II anhelaba. La alianza concertada en Varsovia continuaba en vigor; los dos soberanos firmantes, María Teresa y Augusto de Sajonia-Polonia, seguían mas belicosos que nunca; no hacían caso de las desgracias de la guerra, ni de las vidas humanas que esta devoraba, mientras les sobrara el dinero que la Inglaterra les enviaba en abundancia. Verdad es que la aparición imprevista del príncipe estuardo Carlos Eduardo y la recepción entusiasta que encontró en Escocia, entibieron algo su entusiasmo; pero de esto no resultó mas ventaja para el rey de Prusia que la promesa del rey de Inglaterra de servir de mediador para obtener del Austria y de la Sajonia una nueva paz sobre la base de la de Breslau. Para estas negociaciones podía servir de excelente base el convenio entre la Inglaterra y la Prusia firmado en 26 de agosto de 1745 en Hanover por Harrington y Andrié, en el cual renunciaba el rey de Prusia á toda indemnización pecuniaria y á todo aumento territorial mas allá de Breslau, prometiendo además dar su voto como elector de Brandeburgo en la próxima elección de emperador de Alemania al duque de Lorena, esposo de María Teresa; pero este convenio era para el rey de Prusia

papel mojado mientras sus enemigos el Austria y la Sajonia siguieran en frente de él llenos de ardor guerrero y ensoberbecidos con el dinero inglés. Tres días justamente despues de haberse firmado el convenio de Hanover, es decir, en 29 de agosto firmaron el Austria y la Sajonia un nuevo pacto secreto, en el cual se obligaron á continuar la guerra contra la Prusia con todo su empuje y todas sus fuerzas ofensivas en lugar de un número determinado de combatientes (1). El completo aislamiento de Federico II quedó patente cuando contra sus protestas y las del embajador palatino quedó elegido en Francfort en 13 de setiembre el gran duque de Toscana emperador de Alemania por siete votos de los nueve electores.

De todo esto resultaba que aun en el caso mas favorable no podía el rey Federico esperar mas que la conservacion de lo que le cedia la paz preliminar de Breslau, y aun esto lo obtuvo al final sin ningun auxilio extranjero, solo por los hechos heroicos de su ejército.

No con ánimo de extender su conquista sino únicamente para mantener su ejército á costa del enemigo habia entrado Federico II temporalmente con sus fuerzas en Bohemia despues de la batalla de Hohenfriedberg, y cuando se resolvió en el mes de setiembre por conveniencia particular á regresar á Silesia le sucedió durante la marcha un caso que estaba muy lejos de sospechar, y el primero de su clase, á saber, una sorpresa del enemigo, cabalmente organizada por el adversario que menos talento y disposicion habia mostrado hasta entonces para estas empresas. Fué el príncipe Carlos de Lorena el que le obligó á interrumpir su marcha y á librarle una batalla improvisada.

Hallábase acampando Federico II con un cuerpo de ejército de 19,000 hombres entre el curso superior del río Elba y del Aupa un poco al Este de la aldea de Soor, cuando el príncipe Carlos ocupó de repente con 32,000 austriacos y sajones, las alturas en frente y á la derecha del campamento prusiano detrás de Burkendorf en la noche del 29 al 30 del mes de setiembre. Hasta entonces los prusianos no habian experimentado mas hostilidades que los acostumbrados ataques de guerrilla de los húsares ubicuos del «sempiterno Nadasdy»; y fué de consiguiente una pura casualidad que el rey dispusiese en la madrugada del 30 de setiembre que se levantara el campamento y se emprendiera la marcha hácia Trantenau. Gracias á esta orden, hallóse el ejército todo á punto de marcha á cosa de las cinco de la madrugada, á cuya hora regresó una ronda de húsares dando parte de que detrás de las alturas de Burkendorf se iba aglomerando mucha caballería enemiga. El rey hizo al momento un reconocimiento por aquel lado y se convenció de la exactitud del parte. Al instante tomó la resolucio de prevenir la sorpresa y de atacar el primero. Mandó formar la tropa, que ni se tomó el tiempo de levantar las tiendas, ni menos de asegurar el bagaje, «porque, escribió en 1.º de octubre á Podewils, no se cuidó nadie entonces ni del número de los enemigos ni del abandono de la posicion ventajosa que ocupábamos; solo pensaban todos en pelear y vencer.»

Bajo el fuego horroroso de la artillería enemiga formóse la caballería del ala derecha prusiana, y con terrible ímpetu arrojáronse el feldmariscal Buddenbroch y el general Goltz con 12 escuadrones sobre la primera línea de la caballería enemiga, cuyos restos dispersos se echaron sobre la segunda línea que quedó igualmente deshecha y empujada dentro de un bosque que tenia á sus espaldas, donde desapareció sin volver á salir mas. En esto subieron los granaderos á paso de carga la altura en cuya cima estaba la batería principal

(1) Se encuentra inserto en la obra de *Arnetz*, María Teresa; tomo 3.º

del enemigo que fué tomada á la tercera embestida. Al verse atacada la infantería por el flanco, y en frente por los granaderos, abandonó las piezas y se retiró por una hondonada, una parte á la altura inmediata y otra parte á un monte que los prusianos tuvieron que atravesar para continuar su ataque. Solo cuando Federico vió asegurada la victoria en el ala derecha, hizo entrar en accion toda su ala izquierda llevando á su cabeza el batallon de Kalkstein, y se generalizó la batalla.

En frente y hácia el Oeste de las alturas de Burkendorf, donde se empeñó la primera lucha, estaban apostados en otro cerro que desde entonces se llama el cerro de la batalla, veintiun escuadrones de caballería austriaca á las órdenes del feldmariscal conde de Preising. Esta gran masa debiera haber caido sobre el flanco de los prusianos que se adelantaban á paso de carga; pero sin hacer caso de las órdenes repetidas de los jefes, no se movieron de aquel sitio los regimientos de Wurtemberg, Preising y Philbert (2). A las once de la mañana los prusianos eran tambien dueños de este cerro, y la victoria era completa en toda la línea. En la ya citada carta del 1.º de octubre escribió Federico sobre esta jornada: «La jornada de ayer era muy ardua; en esta batalla, la cuarta que he presenciado, se ha luchado con mas furor. Fué una especie de sorpresa que el enemigo me dió, pero gracias á mi resolucio súbita pude reparar el descuido. Podemos dar gracias á la Providencia de que la cosa haya tomado este giro feliz.»

Tampoco resultó la paz de esta jornada sangrienta. En las cortes de Viena y de Dresde parecia aumentar el deseo de venganza con cada nueva derrota, á pesar del lenguaje decidido del embajador inglés Robinson que aconsejaba el abandono de la Silesia y amenazaba en caso contrario con la supresion de los subsidios. María Teresa, que desde la coronacion de su esposo habia tomado el título de emperatriz, resistió á todas las amenazas, quedando con su consejero Bartenstein aferrada obstinadamente al programa invariable de que la Silesia, la joya de la corona austriaca, no debia quedar en manos de la Prusia. Todo otro sacrificio, por sensible que fuese, podia hacerse menos este.

Las esperanzas del auxilio ruso quedaron completamente desvanecidas, y las negociaciones secretas con la Francia tampoco tuvieron un resultado palpable. El rey de Polonia se habia dejado convencer por el duque de Weissenfels, ya á principios del mes de setiembre, de que todos los descalabros de las fuerzas aliadas venian únicamente del error que se habia cometido en la eleccion del punto de ataque, y que en lugar de dejarse derrotar en Bohemia y Silesia por el rey de Prusia, convenia tomar una resolucio heroica y dirigir los ataques al corazon del enemigo comun; que el camino directo á la victoria conducia desde Leipzig por Torgau á Berlin, y que podia seguirlo con toda confianza el ejército sajón, si una parte del ejército austriaco del Rhin acudiese y aniquilase al duque de Anhalt con sus fuerzas cerca de Halberstadt, mientras el príncipe Carlos de Lorena pasando por la Lusacia se adelantara al rey de Prusia cuando este abandonara la Silesia para socorrer á su capital, y le atacara cerca de Francfort del Oder.

Tan espléndido plan de campaña quedó discutido, detallado y aceptado en una conferencia que se celebró en Dresde en la noche del 14 de noviembre, entre el embajador austriaco conde de Esterhazy, el general austriaco conde de Gruenne, cuya division habia llegado entonces á las inmediaciones de Gera, el ministro sajón conde de Bruchl, el general Rutowski, el consejero Saul, y el mas indispensable

(2) Véase la obra de *Arnetz*, tomo 3.º pág. 117.

de todos los estratégicos, el padre Guarini, confesor del rey Augusto. El príncipe Carlos prometió hallarse puntualmente en el día fijado en la Lusacia con su ejército; el conde de Gruenne se encargó de avanzar hasta Guben; y Rutowski se comprometió á invadir la provincia de Brandeburgo el 20 de noviembre.

Antes sin embargo, de poner manos á la obra, llegó un correo de San Petersburgo con una mision del gabinete ruso, que echó á rodar todo el plan de campaña. Era una declaracion de la czarina Isabel diciendo que no podia conceder el auxilio prometido si los aliados atacaban los Estados prusianos antiguos, pues que solo se habia obligado á darlo para obtener la devolucion de la Silesia á la corona de Austria; que si á conseguirla se limitaba la cooperacion de la Sajonia, pondria la Rusia á disposicion de los aliados, además del cuerpo auxiliar convenido, el número mayor de combatientes que las circunstancias exigiesen, en la inteligencia sin embargo de que antes de la primavera próxima no podrian ponerse en marcha las tropas rusas (1). Esta última cláusula habria bastado para cualquiera otro consejo menos obtuso y atolondrado que el reunido entonces en Dresde, para prescindir del aviso de la emperatriz de Rusia, y pasar tranquilamente adelante, pero en este consejo de guerra produjo un efecto radical. Se suspendió al momento la marcha de los sajones sobre Berlin; se dispuso que se dejara cerca de Leipzig un cuerpo de observacion, y que Rutowski se reuniera en la Lusacia con el príncipe Carlos para aislar al rey Federico de la provincia de Brandeburgo, mientras el cuerpo del general Gruenne se adelantara hasta Guben para desde allí invadir en caso necesario aquel electorado hereditario de los reyes de Prusia.

El rey de Prusia, segun se ve por una carta de Borcke del 23 de diciembre de aquel año dirigida al rey, estaba enterado del primer plan de sus enemigos por el ministro sueco en Berlin Rudenschöld al cual lo habia comunicado por escrito su colega en Dresde Wulwfenstjerna; pero ignorando el cambio que repentinamente habia sufrido, tomó inmediatamente sus disposiciones para asegurar su capital, ordenando al príncipe de Anhalt que concentrara otra vez su ejército cerca de Halle; mientras él volvió á toda prisa á Silesia para pasar desde allí con sus tropas á Lusacia, si no antes, á lo menos al mismo tiempo que sus enemigos, é impedir su reunion y avance.

Llegó efectivamente y logró su objeto. El 23 de noviembre pasó el río Queiss cerca de Naumburg y hácia el medio día sorprendió cerca de Gross-Hennersdorf una division sajona mandada por el general Buchner, que despues de una valiente pero corta resistencia, fué acuchillada y el resto hecho prisionero. Esta accion indujo al príncipe Carlos, que se iba aproximando, á dar media vuelta y volverse con su ejército, perseguido activamente por los prusianos, á Bohemia, cuya frontera logró pasar con toda felicidad el 28 de noviembre. El 25 del mismo mes pudo escribir el rey á su ministro Podewils: «Todo marcha á medida de mis deseos; y si los sajones no están completamente ciegos, podemos hacer en seguida la paz porque de ellos nada reclamo.»

El 29 por la noche comunicó el embajador inglés Villiers oficialmente al rey Augusto la proposicion que le habia hecho el ministro prusiano Podewils por orden de su soberano, y en la cual se obligaba el rey de Prusia á evacuar la Sajonia si el rey Augusto aceptaba la convencion de Hanover y se comprometia por su parte á hacer salir de sus territorios las fuerzas austriacas, y á no permitirles en adelante

(1) Véanse en *Arnetz*, tomo 3.º pág. 143 las cartas de Esterhazy y de Poruehl de 19 de noviembre de 1745.

tampoco el paso para dirigirse contra la Silesia ni otra provincia alguna de la monarquía prusiana. Esta proposicion moderadísima no pudo ser aceptada porque en el primer artículo del tratado con el Austria del 29 de agosto se habia obligado el rey-electo á no hacer la paz separadamente; de modo que no pudo menos de declinar el ingreso en el convenio de Hanover sin la venia del Austria, por grande que fuese su disposicion personal á hacerlo. Dada esta contestacion, juzgó prudente ponerse sin pérdida de momento en lugar seguro huyendo á Bohemia en cuya capital aguardó el resultado de la batalla decisiva cuya direccion habia encargado expresamente al conde de Rutowski hermanastro del célebre mariscal francés Mauricio de Sajonia (2).

La situacion de los ejércitos aliados, desde la vuelta del príncipe Carlos á Sajonia era muy favorable. Al Oeste de Dresde se hallaba el ejército sajón mandado por Rutowski con los austriacos á las órdenes del general Gruenne, componiendo un total de 32,000 hombres; el 14 de diciembre llegaron desde Pirna los 24,000 austriacos del príncipe Carlos hasta las puertas de Dresde, y tres días antes habia entrado en Sajonia el otro ejército austriaco acaudillado por el príncipe de Lobkowitz.

Para asegurar la capital de Sajonia de un golpe de mano del príncipe de Anhalt-Dessau que acababa de tomar la ciudad de Meissen, mientras Federico II estaba al otro lado del Elba con su ejército pronto á cooperar, habia tomado Rutowski posiciones en la gran calzada que conducia desde Meissen por Wilsdruff á Dresde, análogas á las que su hermanastro habia ocupado delante de Tournai junto á Antoin y Fontenai, «porque,» dice Federico II en su Historia de mi tiempo, «desde la batalla de este último nombre se habian hecho moda las posiciones de esta clase entre poblaciones defendidas por baterías, por cuya razon las habian imitado tambien los austriacos cerca de Soor y de Burkendorf.»

La posicion del ejército de Rutowski era en efecto la siguiente. En el punto de confluencia de las dos calzadas que respectivamente conducen de Wilsdruff y Freiberg á Dresde, se encuentra la aldea de Kesselsdorf; hácia el Nordeste de esta la de Zoellmen, y detrás de esta última la de Pennerich. Rutowski situó en la proximidad de estas tres aldeas la masa principal de los sajones, mientras los austriacos del general Gruenne se hallaban colocados desde Pennerich hasta Ockerwitz y Priesnitz. Todas estas cinco aldeas están á la derecha de un terreno pantanoso enclavado en gran parte entre peñas muy escarpadas, y atravesado por una corriente que desemboca en el Elba un poco mas allá de Priesnitz. Este barranquillo y el arroyo se llaman el Zschonengrund. En el punto mas alto está la aldea de Kesselsdorf que era la llave de la posicion. Las tres alturas próximas estaban armadas respectivamente de 20, 8 y 6 piezas de artillería, y allí empezó la lucha sangrienta del 15 de enero.

El anciano príncipe Leopoldo de Anhalt-Dessau habia tenido que soportar en los últimos días expresiones tan duras y aceradas de parte del rey con motivo de la lentitud de su movimiento de avance, y habia recibido órdenes tan ásperas, que estaba determinado á morir aquel día si no lograba restablecer su antigua fama de guerrero con una brillante victoria. En esta disposicion desesperada reconoció las posiciones del enemigo y determinó coger el toro por las astas, es decir tomar directamente y de frente las baterías de Kesselsdorf. Hácia medio día, teniendo formadas todas sus

(2) Este Mauricio de Sajonia era hijo natural de Augusto II rey de Polonia y elector de Sajonia, y por tanto hermanastro del rey Augusto III, y además de Rutowski. Antes de ser mariscal de Francia habia servido bajo las órdenes del príncipe Eugenio en el ejército austriaco, luego en el ruso y finalmente en el francés. (N. del T.)